



Domingo V de Pascua

El evangelio que hemos escuchado, propio del V domingo del tiempo pascual, nos habla de la glorificación de Jesús a través de su pasión, muerte y resurrección. De hecho, para el cuarto evangelio también la pasión y la muerte son glorificación de Jesús, no un fracaso o un fin trágico, porque en ellas, más que en ninguna otra parte, Jesús muestra su amor y recibe gloria precisamente por haber llevado su amor hasta el final, hasta el extremo (cf. Jn 13, 1): **la gloria de Jesús es la gloria de amar**. No se debe olvidar: si Jesús ha resucitado de la muerte es porque el Padre lo ha resucitado (cf. Hch 2, 24.32, etc.) a causa de su condición de Hijo único de Dios, el amado en quien Dios se complace, que ha cumplido con total fidelidad su misión por amor a Dios y a los hermanos, llevado por él hasta el extremo. Sí, en la resurrección de Jesús podemos ver su amor total, perfecto, que vence a la muerte para siempre.

La escena nos recuerda que en el cenáculo, al terminar su última cena, Jesús había revelado al discípulo amado recostado sobre su pecho la identidad del que iba a traicionarlo: Judas, uno de los Doce. Y sin embargo, Jesús no hizo nada para detenerle; más aún, ofreciéndole un trozo de pan mojado en el plato, le había invitado a hacerlo todo cuanto antes (cf. Jn 13, 25-27). Y cuando Judas sale para organizar el arresto; cuando el evangelista dice simbólicamente que era de noche (cf. Jn 13, 30), es decir, cuando se tiene la impresión de que las tinieblas vencen a la luz y el odio prevalece sobre el amor, entonces Jesús afirma con convicción: *“Ahora va a manifestarse la gloria del Hijo del hombre y Dios será glorificado en él”*.

Pues bien, precisamente en el momento en que todo lo que sucede está contra Jesús, sin que él se oponga, se defienda o pague mal por mal, precisamente ahora se realiza la manifestación de su amor: Jesús recibe gloria de Dios y así también Dios recibe gloria gracias al amor total de su Hijo. La hora de la gloria no la decide Judas, que se va para consumir la traición, sino el amor de Jesús. Por eso él exulta y proclama su glorificación: porque tiene conciencia de haber amado siempre, hasta el extremo de haber mostrado amor incluso a quien lo traicionaba, de haber amado totalmente a Dios y a los hombres, hasta aceptar la cruz y la muerte. En su amor, el odio, la traición y la violencia han sido vencidos para siempre.

Con la plenitud de autoridad que se le otorga por haber vivido el amor hasta el extremo, Jesús anuncia en este momento el mandamiento nuevo: **“Amaos los unos a los otros, como yo os he amado”**. Esta es la verdad del mandamiento nuevo, el último, el definitivo: para cada uno de nosotros, el amor a los otros; para la comunidad cristiana, el amor recíproco de vivir según la forma y el estilo con que Jesús ha amado a los suyos hasta el extremo. No se piense que este mandamiento es totalmente nuevo, porque el amor al prójimo estaba ya presente en el Antiguo Testamento (cf. Lv 19, 18; Lc 10, 27);



Carlos López Hernández

Jesús lo convierte en nuevo porque lo presenta como un amor sin condiciones, que tiene su origen y su modelo en el amor entre el Padre y el Hijo, y en el amor del Hijo a nosotros: Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; amaos como yo os he amado. Este amor incluye en sí el cumplimiento de todos los demás preceptos. Quien ama a su prójimo no le hace daño; por eso, amar es cumplir la ley entera. Y el amor verdadero al prójimo es amor a Dios, es la forma de manifestar el amor a Dios, a quien no vemos.

Si los cristianos somos capaces de vivir este amor como Jesús lo vivió, también nosotros venceremos a la muerte con él y en él: *“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos”* (1 Jn 3, 14). Aquí está toda la vida cristiana. El mandamiento nuevo del amor y el precepto de celebrar la memoria de su sacrificio de amor en la Eucaristía es la herencia y el don dejado por Jesús a los suyos, para ser verdaderamente su comunidad, para estar en el mundo como auténticos evangelizadores. Pues Jesús lo ha dicho claramente: *“Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos”*.